

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:
Elsa Lanchester. La novia del monstruo

Autor/es:
Galán, Diego

Citar como:
Galán, D. (1996). Elsa Lanchester. La novia del monstruo. Nosferatu. Revista de cine. (20):46-49.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/40958>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:





Elsa Lanchester

La novia del monstruo

Diego Galán

Elsa Lanchester fue una de esas actrices que pasan por las películas de nuestra vida sin suscitar una leyenda. Como tantas otras grandes intérpretes secundarias, ha sido reconocida y querida en sus apariciones, pero para muchos, no ha logrado

identificar su nombre, ni relacionarlo con esa admirada y familiar imagen de la pantalla.

Hay que citar de inmediato su genial creación de la novia del monstruo Frankenstein para recordar a Elsa Lanchester en toda su grandeza. Sin duda, es el personaje más conocido de toda su carrera cinematográfica. Con su largo cuello y su mirada de loca; con aquellos inquietantes gestos mecánicos con que se estremecía; con aquel peinado de rayos de luz que alargaban unas facciones que resultaban aterradoras en el maquillaje, y con aquel grito espeluznante con que contemplaba por vez primera al marido al que estaba destinada, Elsa Lanchester marcó, en escasos minutos, una de las más brillantes páginas del cine de terror.

El director de **La novia de Frankenstein** (1935), James Whale, pensaba que la bella y aparentemente inocente autora del libro, Mary Shelley, debía haberse sentido motivada por misteriosas fuerzas psíquicas para escribir un relato tan aterrador como el de Frankenstein. Y decidió que Elsa Lanchester interpretara a las dos mujeres: a la escritora, cuando ésta aparecía en el prólogo del film, y a la fabricada y monstruosa novia de Frankenstein, para subrayar así ese enigmático paralelismo. Un acierto que no pasó desapercibido, y que incluso fue, y sigue siendo motivo de intensas polémicas.

En el breve personaje de Mary Shelley, Elsa Lanchester no obtuvo la misma popularidad que con el de novia del monstruo, pero pudo mostrar que su talento interpretativo no dependía sólo del maquillaje con el que Jack Pierce le había ayudado a crear su inolvidable y espantoso personaje. Ella

era, por lo tanto, una actriz, y una buena actriz.

Fundamentalmente de teatro, al que dedicó la mayor parte de su trabajo. Eso ayuda ahora poco a recordarla entre el firmamento de Hollywood. Su aspecto extravagante y escasamente bello según los criterios de la época, le relegó en el cine a la composición de tipos característicos, lo que limitó sus posibilidades laborales a la comedia y al cine de terror, y siempre, claro está, en papeles secundarios.

En el teatro, en cambio, su actividad fue más constante y fértil y no sólo como actriz, sino también como bailarina e intérprete de variedades y de espectáculos unipersonales. Ya desde niña, Elsa Lanchester asombró con su capacidad para la danza, y nada menos que del talento de Isadora Duncan tomó sus primeras clases.

A los dieciséis años se inició como meritoria, y poco después, ya como animadora y cantante, en *night clubs* y teatros de revista donde obtuvo su primer gran éxito interpretando la divertida canción "Yo he bailado con el hombre que bailó con la chica que bailó con el príncipe de Gales", con

tal ironía y gracejo que rápidamente hicieron de su versión la favorita del público.

En sus primeros años, Elsa Lanchester estuvo muy influida por el tesón y el fuerte carácter de su madre, una culta e intrépida socialista (que incluso trabajó como secretaria personal de la hija de Karl Marx), y que protagonizó uno de los escándalos mayores de la sociedad inglesa de finales de siglo al negarse a contraer matrimonio legal con el hombre con quien vivía. Encierros en internados y hasta aparatosos raptos de la novia, no debilitaron la firme voluntad de la señora Lanchester, que se mantuvo fiel en sus convicciones, y logró vivir en libertad con James Sullivan, un obrero hijo de un policía irlandés, a quien amaba y con quien fue feliz. Compartía con él las mismas inquietudes sociales, y juntos se vincularon a movimientos y reclamaciones de las que no siempre salieron bien parados. Sus hijos se sensibilizaron desde niños con estas cuestiones. Elsa (la segunda del matrimonio), quizá era la que menos se definía políticamente pero no por ello dejó de valorar la necesidad de decidir por uno mismo y de respetar a los otros. Al contrario, a lo largo de su vida tendría ocasión de



La novia de Frankenstein



ponerlo en pie, tal como su madre había hecho.

En alguna de sus modestas películas británicas, aún mudas, coincidió con uno de los más brillantes y prometedores jóvenes actores del momento, Charles Laughton, con quien rápidamente coincidió en gustos y pareceres. Unieron sus vidas casi sin darse cuenta, aunque lejos de la idea de contraer matrimonio, a la que Laughton tampoco parecía muy inclinado. Elsa prolongaba de esta forma los principios maternos: el amor no podía estar medido por leyes y legajos. Pero al quedar embarazada, se replantearon su situación. Y tras un aborto provocado, convinieron en casarse y no provocar nuevos escándalos en la siempre conservadora Gran Bretaña. Corría 1929.

Fue después del matrimonio cuando Elsa supo de la homosexualidad de Charles Laughton a través de un oscuro incidente con un joven prostituto, que nunca fue aclarado plenamente. A Elsa, sin embargo, no le pareció grave ni relevante la nueva situación. Se acomodó a ella, y continuó compartiendo felizmente su vida con el hombre al que quería y

admiraba. Sólo después de la muerte de Laughton en 1962, publicó en su autobiografía (*Elsa Lanchester, Herself*. St. Martin Press, New York, 1983) los detalles de aquella relación, sin juegos morbosos ni amarillistas, sino con un serio respeto por todos.

Pero en ese libro se descubre algo más que algunos aspectos de sus relaciones sexuales: cómo Elsa Lanchester fue en todo momento "la segunda" del matrimonio, es decir, cómo adaptaba modestamente sus oportunidades laborales a las del marido. Mientras Charles Laughton triunfaba en el teatro y en el cine, y era reclamado por Hollywood, la esposa le acompañaba y le cuidaba, sin preocuparle debilitar por ello su propia carrera. Cuando viajaron a Estados Unidos sólo lo hizo en calidad de esposa, pero fue allí, sin embargo, donde encontró su propia oportunidad, muy concretamente en la ya citada y mítica **La novia de Frankenstein**.

Charles y ella habían actuado juntos en algunas películas británicas, destacando **La vida privada de Enrique VIII** (Alexander Korda, 1933) donde Elsa interpretaba a Anne de

Cleves, "la mujer más fea del rey", **Rembrandt** (Alexander Korda, 1936), y **Bandera amarilla** (Erich Pommer, 1938). Juntos volvieron a hacerlo igualmente en Hollywood: **El hijo de la furia** (John Cromwell, 1941), **Seis destinos** (Julien Duvivier, 1942), y muy en especial **Testigo de cargo** (Billy Wilder, 1957), en la que el duelo interpretativo entre ambos alcanzó cotas fascinantes, y supuso para Elsa Lanchester una nominación al Oscar.

En sus frecuentes regresos a Londres, actuaban igualmente en los escenarios, especialmente en la compañía del Old Vic. Laughton recibía siempre los mejores personajes, y naturalmente las mejores críticas. Así lo cuenta al menos la propia Lanchester (tanto en la citada autobiografía como en una serie de artículos periodísticos recopilados luego en un libro, *Charles and I*, editado en 1939) con una actitud extraordinariamente modesta. Sólo se atreve a felicitarse con entusiasmo por su encarnación de Peter Pan (Laughton fue el capitán Hook), quizás porque fue ella quien, contra la errónea opinión de muchos, se empeñó en llevar al teatro el difícil y maravilloso cuento del niño que no crece.

Aunque tampoco duda en felicitarse por su *show* personal *Elsa Lanchester, Herself* en el que, dirigida por Laughton, dio de sí sus mejores registros interpretativos, su capacidad para la comedia y lo burlesco. Al obtener la nacionalidad americana en 1950, sus frecuentes apariciones en televisión retomaron muchos y buenos fragmentos de esas actuaciones personales. En ocasiones, Charles Laughton también actuaba junto a ella, y juntos componían, según se dijo, una



Testigo de cargo



La escalera de caracol

de las parejas más delirantes de la televisión, a través de la cual la sobriedad y el cinismo inglés hacían juego con su recién incorporada "vulgaridad" americana. Desgraciadamente parece que no quedan testimonios de aquellos éxitos y, en cualquier caso, no están a nuestro alcance.

Para conocer y admirar a Elsa Lanchester hay que remitirse a sus interpretaciones cinematográficas, descubriéndola en su perenne actitud modesta, en su brillante sentido del humor. En el **David Copperfield**, de George Cukor (1935), su primer trabajo en Hollywood; en **El fantasma va al Oeste** (1935) de la mano de René Clair; en **La escalera de caracol** (Robert Siodmak 1945); en **El reloj asesino** (John Farrow, 1947); en **Hablan las campanas** (Henry Koster, 1949); en **El inspector de hierro** (Lewis Milestone, 1952)...

O en aquella perversa madrastra de Cenicienta en **La zapatilla de cristal** (Charles Walters, 1954); o en la enloquecida maga de **Me enamoré de una bruja** (Richard Quine, 1958); o en la disparatada criada de **El hotel de la luna de miel** (Henry Levin, 1964)...

En todas esas películas, Elsa Lanchester dejó una fuerte huella de su curiosa personalidad. Profesional eficaz, artista callada y sensible, humorista corrosiva, monstruo feroz, esposa tierna... Precisamente, como queda dicho, en su matrimonio con Laughton, Elsa desarrolló lo mejor de su vida privada, por ella misma dicho y escrito. A pesar de las dificultades de los últimos años, cuando Laughton, antes de sentirse amenazado por la enfermedad que le llevaría a la muerte, perdió el pudor con que hasta entonces había mantenido sus relaciones homo-

sexuales, haciendo que Elsa compartiera la presencia de sus amantes masculinos, o prefiriéndolos ante todos. Puede incluso que la enfermedad trastornara su mente y que el gordinflón amable descubriera aspectos más duros y sórdidos de su personalidad.

Elsa le acompañó y le quiso hasta el final. Ya sola, siguió feliz sintiéndose viva y escribiendo su autobiografía, que son más unas memorias de Laughton que unas memorias propias. De sí misma, al final del libro, sólo dice con alegría eso, que se sentía viva. Pero a sus ochenta y cinco años, en 1987, también murió, dejando de su paso por el mundo una sucesión de entrañables personajes secundarios, el impacto inolvidable de aquella mujer monstruo creada para amar a otro monstruo y, quizás como complemento en la vida real, su apasionada convivencia con el genio de Charles Laughton.

ANTAGONISTAS